



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 196

15 de mayo de 2011

ISSN 1989-4988

Revista

Índice de Autores

Claseshistoria.com

EL HOUSIN HELAL OURIACHEN

Los paradigmas de la ciudad tardoantigua: la pluralidad del cambio urbano. Una hipótesis de trabajo

RESUMEN

Partiendo de la tesis de doctorado, “*La Ciudad en la Bética Tardoantigua: Persistencias y transformaciones locales en correspondencia con la realidad urbana de las regiones del Mediterráneo y del Atlántico*”, se definen los modelos del urbanismo tardoantiguo, con el fin de definir la pluralidad del concepto urbano a partir de la arqueología, de este modo, se descarta ampliamente el paradigma altoimperial, ya que sus criterios teóricos y metodológicos no pueden explicar cómo eran las *civitates Baeticae* a lo largo de la Antigüedad Tardía y, menos aún, el proceso de cambio.

PALABRAS CLAVE

Ciudad, Transición, Modelos, Metodología, Estrategias.

El Housin Helal Ouriachen

Doctor en Arqueología. Profesor de Instituto privado

alexandrus.magnus@gmail.com

Claseshistoria.com

15/05/2011

Todo hecho urbano es un fenómeno altamente complejo y, especialmente, cuando se trata de la ciudad provincial de época tardoantigua, cuya reconstrucción arqueológica está en proceso después de décadas de negación, renuncia y sordina, porque ciertas entelequias decimonónicas condicionaron gran parte del panorama historiográfico contemporáneo, a tenor de ello, la ciudad altoimperial fue la única referencia histórica entre los s. III y VII, arquetipo académico que se fraguó como una entidad invariable y monolítica, consideración que descarta las disposiciones evolutivas y las definiciones heterogéneas, por esto, las *civitates* fueron percibidas como un concepto permanente en sus parámetros estructurales y simbólicos, de ahí que operase como un imperativo global sin variantes geográficas, generalización categórica que no tolerará el beneficio de la duda, frente a lo cual no cabía la viabilidad teórica de un paradigma contrario, ni siquiera cuando el discurso literario-arqueológico del Principado evidenció las primeras fisuras interpretativas con respecto a las condiciones urbanas del Bajo Imperio.

Aún así, el paradigma altoimperial no entrañó un conflicto teórico ni metodológico, por la sencilla razón de que era una noción indiscutible para la historiografía tradicional, en este sentido, no podía acontecer un abuso del ideal y de la idea de *civitas* en tiempos y espacios distintos, sino una utilización correcta hasta el punto de crear una lógica de la ruptura en beneficio del concepto imperante, de este modo tan sistemático, se puso en entredicho la continuidad urbana durante la romanidad tardía, fijándose el declinar general de la ciudad clásica en el s. III y, en consecuencia, una crisis cíclica o de larga duración del urbanismo romano entre el Bajo Imperio y el Alto Medioevo. Así pues, para este periodo, se impuso la visión resultante de dicho discurso, o sea, la no ciudad y los asentamientos en desurbanización, parece obvio que no se desarrollasen alternativas urbanas, salvo un tímido esbozo a comienzos de los años setenta, cuando se minimiza el declive gibboniano de la ciudad, porque se revela como un fenómeno desigual que, de hecho, contenía muchas lagunas, entre ellas, la vitalidad urbana de ciertos núcleos en Italia, las Galias y África septentrional (1), en cambio, no se tenían datos suficientes para las Hispanias, pero se les reconocía un escenario similar que acabaría ratificando la literatura española durante la transición política. En efecto, varios centros hispanos mostraban un vigor relativo o una renovada pujanza (2), contradiciendo así el estado de degradación que se les suponía; a pesar de ello, esa antinomia no suscitó el eco necesario para demandar una autocrítica científica en términos generales.

En otras palabras, la mayor parte de los investigadores no abandonaron la formulación marxista de la decadencia urbana, condicionados por su paradigma, su esquema y su ideología hasta mediados de los ochenta, cuando sus planteamientos fundamentales fueron cuestionados con rotundidad, puesto que eran un lastre mental y analítico para

cualquier hipótesis de trabajo que pretendiese establecer un paradigma urbano sin las tradicionales exigencias historiográficas y, sobre todo, sin las diversas contrariedades de una metodología que había dispuesto de una amplia tautología teórica, si bien ésta resultaba desatinada en sus afirmaciones e intolerable en sus conclusiones. Por esto, el primer paso fue resarcirse de errores pasados y de pautas heredadas para superar los excesos y las carencias que habían suscitado los patrones altoimperiales, con el fin de proyectar un enfoque imparcial sobre la ciudad tardoantigua, de ahí que el análisis de la documentación escrita y material se replanteara bajo nuevas directrices; por ello, se inició una actuación desmitificadora sobre los mitos historiográficos que originaron la *Dark Ages* y el aserto de la crisis urbana.

Sin duda alguna, ese reajuste argumental y cronológico dejó en evidencia la incidencia histórica de la crisis urbana, hecho que habría provocado una total revolución teórica y metodológica, si ciertos sectores conservadores no hubieran resistido pertrechados en los ambientes universitarios, donde la lealtad escolástica fue quien siguió imponiendo la dirección interpretativa. Al mismo tiempo, la *Dekandenzidee* acabó amparándose en su autoridad para redimir la validez de sus postulados, pero esto no evitó la aplicación de ciertos retoques ideológicos a modo de concesiones, como son las crisis relativas o coyunturales, concebidas después de integrar el localismo urbano dentro de la lógica tradicional, sin que ello supusiera negar la globalidad de la decadencia. De hecho, las modificaciones fueron tan superficiales que el discurso científico nunca llegó a alterar su monismo empírico, por el cual la ciudad altoimperial aún continuaba siendo el único modelo vigente a finales de los años ochenta, así que el análisis de la cultura material tardoantigua permaneció ligado a unos patrones de investigación dependientes de las fuentes escritas, cuya visión literaria estaba corroborada por unos ítems arqueológicos determinados, si bien esa mecánica explicativa suscitó profundas discrepancias en el seno de la investigación, no sólo por sus trabazones insolubles, sino también por sus inflexibles conclusiones, de ahí que comience la reconstrucción histórico-arqueológica del urbanismo hispano tardoantiguo a lo largo de los años noventa (3).

Por tanto, esta incipiente línea interpretativa accedió a un estado de reflexión sobre la falsa impresión del concepto urbano, para plantear un paradigma propio que tuviera la capacidad de definir a la *civitas* a partir del s. III, por lo que se excluyó el perfil literario de la historiografía tradicional, dada la influencia de la retórica altoimperial dentro de la literatura tardoantigua, donde se recoge de modo reiterativo la idea y el ideal de ciudad de los *saecula aurea*, tópico que había permitido la reproducción de la topografía física y simbólica del Alto Imperio, escenografía anacrónica que fue transcrita por diferentes motivos narrativos y psicológicos; así pues, las fuentes nunca tuvieron la pretensión de proyectar ninguna noción coetánea, por lo que sus visiones escritas sólo contenían un urbanismo subjetivado sin más.

Semejante consideración se objeta también con la influencia que la patrística tuvo en los escritos eclesiásticos de la Tardo Antigüedad, donde el tipo urbano es la Jerusalén celeste, cuya morfología terrenal fue la única opción a la ciudad pagana, porque ésta fue considerada una realidad vetusta, desolada y agónica, retrato, por cierto, que llega

a alcanzar tonos apocalípticos en los sermones y en otras invectivas antipaganas. Por consiguiente, la mayoría de las fuentes literarias están condicionadas por los prejuicios inherentes de sus escritores, de ahí, la imagen distorsionada y despectiva de la *civitas* durante la Antigüedad Tardía, motivo por el cual la reconstitución de la realidad urbana dejó de cimentarse en el apego a los textos, así como en la ausencia total de contraste con la documentación material; de hecho, cabe apuntar que, en la última década del s. XX, varias investigaciones se centraron fundamentalmente en el perfil arqueológico de la ciudad tardoantigua.

Esta cuestión temática exigió un desarraigo de orden metodológico, mediante el cual se renunciaba a las prácticas tradicionales, si bien sus carencias y excesos siguieron siendo una fuente de restricciones para el análisis urbano, en este caso, cabe citar las principales limitaciones: en primer lugar, la ausencia deliberada de estratigrafías, sobre todo, en las ciudades peor conocidas, aunque, en otras ocasiones, los estudios de los estratos no eran factibles, dadas las rarefacciones, los arrasamientos y las endebleces de tipo estructural, especialmente, como consecuencia del proceso de islamización; en segundo lugar, la metódica predisposición a marginar la cultura material tardía, ya que sus particularidades físicas y artísticas no encajaban con la idea winckelmanniana de la monumentalidad, provocando un agravio comparativo que no tardó en cuestionar la categoría urbana de numerosos yacimientos; en tercer lugar, la disciplina arqueológica ha puesto su interés científico en el periodo clásico, no sólo por las prioridades antes indicadas, sino también por la laguna formativa de muchos profesionales o, lo que es lo mismo, por la falta de auténticos especialistas en la época preislámica; y, en cuarto y último lugar, los fósiles guía fueron objeto de una gran dependencia, hasta el punto de que su extinción generaba notables problemas de datación, ocasionando errores a la hora de ajustar ciertas cronologías, con las que se habían diferenciado los contextos posclásicos de los altoimperiales.

Por consiguiente, esas trabas, que habían contribuido a distorsionar la documentación, impidieron la definición de un paradigma en el que las *civitates* evolucionasen entre los niveles altoimperiales y los tardoantiguos, porque, con ello, se desmontaban todas las argumentaciones *ad baculum et ad ignorantiam* que habían justificado la decadencia urbana. No obstante, en la años iniciales de los noventa, la literatura arqueológica aún prefería guardar silencio sobre la ciudad tardoantigua, escudándose cínicamente en la ausencia de evidencias que pudiesen probar una continuidad existencial; cuando, en realidad, esto habla del fracaso categórico de los arqueólogos (4) y, por supuesto, de la crisis de credibilidad en la estrategia científica (5).

Pese a esto, no hubo un paréntesis introspectivo que pudiese estimular una reacción comunitaria y, por ende, una sistémica renovación metodológica, quizá, porque, desde mediados de los noventa, la labor arqueológica ingresaba de forma vertiginosa en una etapa de apogeo, caracterizada por el notable aumento de hallazgos materiales, dada la proliferación incesante de excavaciones urbanas, sobre todo, entre los años 2000 y 2007, como consecuencia del fenómeno inmobiliario. Ahora bien, la parte más positiva de esta situación fue que, por primera vez, se conseguía paliar la secular ausencia de

información arqueológica que había distinguido al urbanismo tardoantiguo, verificando finalmente una realidad distinta a la planteada con anterioridad, lo cual obligó a revisar los fundamentos del paradigma urbano bajo otro prisma hermenéutico, sin embargo, el método científico aún se mantenía aferrado a la praxis tradicional, así lo manifiesta el desempeño relativo a la arqueología de urgencia en solares edificables, en los cuales las intervenciones preventivas fueron acciones puntuales y aceleradas, puesto que la gradual privatización del sector arqueológico las había convertido en un mero trámite administrativo, vinculado a la licencia urbanística, de ahí que los informes asumiesen de manera sistemática un enfoque descriptivo y taxonómico, basado en las prioridades empresariales en detrimento de las científicas, negligencia que ha determinado tanto la parcialidad del registro material como la parquedad de la información resultante, por lo que ambas deficiencias derivan del deterioro ético y valorativo de la ciencia.

Si bien la *arqueología basura* produjo una información, dispersa y poco detallada, que, en muchos casos, terminará por desarrollarse en algunas revistas arqueológicas, pero serán los trabajos de investigación quienes profundicen en el urbanismo tardoantiguo, cuya lectura arqueológica manifestará una nueva *Staatsbegriff* o, lo que es igual, una concepción diferente de la ciudad, caracterizada por unos elementos definitorios que varían de forma específica en cada asentamiento, dado que la incidencia de algunos procesos urbanísticos se registra en diferentes grados y ritmos de transformación, de ahí que sea tan arriesgado fijar unos criterios generales para acometer la identificación de la ciudad tardoantigua.

Aunque tampoco resultan convincentes tanto el paradigma interpretativo de la *Neustad* como las formulaciones reduccionistas, en las cuales la categoría urbana está limitada a un tipo y a unos concretos atributos topográficos que definen el aspecto ideológico y estructural de una ciudad arquetípica durante un periodo concreto de la Antigüedad Tardía (6), por este método, se forjaron varias de las concepciones culturales que se manejan sobre la ciudad posromana, entre las cuales cabe citar la ciudad visigoda y la ciudad bizantina, nociones que implican una utilización convencional muy discutible, ya que ha sido fruto de la invención y del abuso de la continuidad léxica y de la flexibilidad semántica del término *civitas*.

Por ello, dichas tentativas conceptuales se manifiestan como un signo de precariedad científica, puesto que toda realidad arqueológica se percibe bajo un único paradigma, cuando la identidad de la ciudad tardoantigua habría de ser considerada dentro de un proceso de larga duración, definido por una casuística particular en cada yacimiento, donde se suscitan diversos síntomas, tales como la privatización del suelo público, la aparición de vertederos *intra moenia*, la supresión de calles y de plazas porticadas por cierre o por abandono, la creación de espacios abiertos y cultivados, las ocupaciones, desviaciones e interrupciones de vías y calzadas, el surgimiento de enterramientos *in urbe*, el abandono de edificios públicos, barrios residenciales y, en general, suburbios altoimperiales, el desuso del alcantarillado y de los colectores públicos, y la existencia de fosas y zonas de escombros como secuelas de la reutilización edilicia.

Si bien cabe matizar que esa sintomatología se puede localizar en el contexto urbano de cualquier región del Mediterráneo y del Atlántico, provocada, en principio, por una fenomenología causal de tipo global que afectaba al urbanismo clásico desde el s. III, sino antes, aunque esta dependió de factores aleatorios o, en cualquier caso, de una planificación circunstancial en relación con la descomposición y el sostenimiento de la ciudad clásica, de manera que cada asentamiento se debatía entre contraposiciones y conciliaciones estáticas y dinámicas en correlación con la decadencia y la continuidad, ocasionando unas consecuencias a medio y largo plazo, cuyo impacto rupturista podrá ser absoluto o relativo en la trama urbana, por esto, se verifica una cierta pervivencia de lo clásico, eso sí, en unas ciudades más que en otras; en todo caso, el paisaje está sumido en una amplia *mutatis mutandis*, por lo que la imagen resultante de cualquier asentamiento siempre tenderá a la diferencia, de ahí que el panorama urbano sea muy diverso, sobre todo, entre los s. V y VII.

Así pues, para definir el urbanismo tardoantiguo se precisa de una analítica compleja y de una percepción plural que la historiografía alemana ha denominado como *Städtebild*, mediante la cual es posible reconocer la heterogeneidad urbanística generada a partir de la transformación de la ciudad clásica, sí la *civitas* es la matriz, el cambio sería una matriz evolutiva en su sentido más amplio, sin implicaciones negativas que procedan *ipso facto* hacia una posición involutiva, dado que, de esa *dynamis* neutral, emergieron nuevas realidades urbanísticas (7); o sea, los modelos y submodelos, con sus distintas condiciones políticas y socioeconómicas, encarnan el plano específico donde cristaliza la metamorfosis urbanística, aglutinando ésta la interdefinibilidad de los procesos a la hora de reconfigurar la topografía del asentamiento. De tal manera que esta compleja evolución tiende a diversificar el hecho urbano, con el consecuente desarrollo de unas fisionomías que han sido identificadas con un determinado imaginario arqueológico, a partir del cual se podrá tener una idea precisa del paradigma o subparadigma, aunque, por ahora, no son más que incipientes propuestas de trabajo, incluso en los círculos académicos más vanguardistas, donde han podido aportar la definición de una cierta tipología urbanística de índole regional.

Las Galias:

Capitales administrativas/Ciudades cristianas/Asentamientos menores de tipo secular o militar (Aglomeraciones secundarias)/Núcleos rurales. La historiografía francesa usa dichas nociones (8), distinguiéndolas por sus atributos morfológicos y funcionales.

Britannia:

Núcleos pequeños con fuerte presencia administrativa/ Civitatis ruralis (Empty Shells). La historiografía británica utiliza esos conceptos para designar los principales modelos urbanos entre los s. IV y X (9).

Germania, Noricum y las regiones del Alto y Bajo Danubio:

Ciudades militares/Ciudades episcopales. Los escasos estudios existentes se centran en la militarización germanizante de las *civitates* en correlación con las fronteras (10), si bien no expresan nada sobre el resto de modelos urbanos, pero las actas conciliares y algunos datos materiales verifican la existencia de ciudades religiosas.

Italia:

Centros económicos/Ciudades ruralizadas/Ciudades semirurales no fortificadas/Urbes desclasadas/Ciudades abandonadas parcial o totalmente/Ciudades administrativas de tradición clásica/Sedes regiae (centros de la administración ostrogoda y longobarda)/Centros fortificados/Urbes cristianas/Ciudades episcopales/Ciudades monacales. Esos modelos y variantes regionales han permitido denominar de una manera concreta las especificidades locales, o sea, los tiempos y modos de la evolución urbanística durante la Antigüedad Tardía (11).

África:

Ciudades rurales/Centros de rango eclesiástico/Asentamientos cristianos de pequeño tamaño/Centros administrativos de tradición clásica/Núcleos portuarios. Esta tipología representa la metamorfosis física y funcional del urbanismo norteafricano entre los s. IV y VII (12), pero la imagen resultante no fue la misma, puesto que la transición de la ciudad clásica no se comportó como un proceso uniforme y progresivo, sobre todo, en la Cirenaica y en las provincias egipcias, regiones en las cuales la Iglesia monofisita y la geopolítica bizantina inhibieron el origen y el desarrollo de tales paradigmas (13).

Syria:

Ciudades rurales/Núcleos cristianos de categoría inferior/Ciudades monacales/Centros portuarios/Asentamientos mercantiles de interior/Fortalezas castrenses. Estos son los tipos resultantes después de la transformación del urbanismo clásico (14); pese a las peculiaridades locales, Palaestina, Phoenice, Augusta Eufратensis, Osroene y Arabia comparten algunas similitudes urbanísticas (15).

Asia Menor:

Ciudades-Estado/Ciudades ruralizadas/Urbes episcopales/Núcleos monacales/Villorios (Módicas civitates cristianas). Este es el panorama urbano que fue surgiendo entre los s. V y VII, si bien sólo se corrobora en las provincias de Pamphylia, Lycia y Asia (16), en cambio, las demás regiones anatólicas destacan por la perdurabilidad de la ciudad clásica o por un declive constante del urbanismo romano (17) que, en el mejor de los casos, significó la decategorización de la entidad municipal, de ahí que ciertos núcleos asumieran más tarde una expresión rural o militar.

Grecia:

Ciudades cristianas/Ciudades rurales/Ciudades monacales/Castra/Núcleos portuarios de tipo comercial. Pese a la variedad tipológica, no hay grandes diferencias formales entre el contexto continental y el insular, de hecho, la transformación urbanística derivó hacia paradigmas muy similares (18), excepto en Thracia, donde la *polis* persistió sin grandes cambios hasta el Alto Medievo (19).

Las Hispanias:

Centros portuarios/ Ciudades rurales/Ciudades semiurbanas/Ciudades administrativas de tradición clásica/Sedes episcopales/Asentamientos con administración eclesiástica/Centros cristianos secundarios/Centros monacales/Ciudades decategorizadas (Castra et Castella)/Civitates Fortissimae/Centros en estado de abandonado. Hasta hace bien poco, la historiografía española sólo establecía una interpretación mecánica de esas realidades en un plano teórico muy diferente, si bien, en las últimas décadas, algunos especialistas las han percibido como conceptos concretos de un urbanismo cambiante (20), no obstante, las provincias hispanas aún adolecen de una definición arqueológica sobre la ciudad tardoantigua y sus variantes, además, el estado de los paradigmas es

embrionario en cuanto a su indagación, lo cual se debe a las escasas excavaciones en ciertas comunidades autónomas. En contraposición, el caso andaluz destaca por una actividad arqueológica que ha conferido una notable aportación material, partiendo de esto, se pudo realizar una tesis doctoral sobre el urbanismo de la Bética tardoantigua (21), con el fin de identificar tanto las realidades evolutivas del paisaje urbano como la fisionomía y las limitaciones espacio-temporales que había tenido la transformación en cada asentamiento, de ahí que se haya ahondado en las transiciones del urbanismo tardorromano y altomedieval, para diseñar los paradigmas del cambio (22). Por ende, la tipología bética es:

Ciudad comercial

Destaca por su hábitat portuario y por su especialización en la fábrica de salazón o en otras actividades mercantiles, reorientación económica que revela un cambio esencial en el asentamiento, de ahí que el binomio industria/comercio sea un aspecto definitorio de la ciudad de carácter económico, sobre todo, cuando se trata del periodo bizantino; además de ello, la manufactura de aceite, vino, cerámica y salsas de pescado estaba frecuentemente ligada a ciertos establecimientos cristianos de tipo administrativo y de carácter cultural, por eso, se evidencian almazaras y piletas en el recinto intramuros de varios centros del litoral bético.

Ciudad económica de interior

Este submodelo urbano no está definido por la pluralidad económica ni por la situación marítima, por ese motivo, se le considera una variante continental, caracterizada por la especialización en ciertas actividades primarias.

Ciudad ruralizada

La ciudad clásica se desdibuja como resultado de la incapacidad de gestión municipal a la hora de mantener los tejidos edilicios, proliferando los vertederos, la privatización del suelo público y los síntomas marcadamente agrícolas, especialmente, la aparición de espacios cultivados y la elevada concentración de villas suburbanas; no obstante, el modelo ruralizado opera con algunos elementos civiles, conservando así su función jurídica y su especificidad económica frente al agro.

Ciudad semiurbana

Es una variante de la *civitas ruralis*, definida por un tenue impacto de la ruralización y, sobre todo, por el control que la nobleza rural ejerce sobre gran parte de las funciones urbanas, puesto que la institución curial se había debilitado frente a los *potentes* y el Estado, pero ello no provocaría la fuga masiva de los aristócratas a sus villas, sino la pérdida gradual de influencia sobre la ciudad.

Ciudad abandonada

Las ciudades en parte abandonadas, cuya permanencia fue banal y sin cambios hasta su desaparición como asentamiento a lo largo de la fase altomedieval; y, las ciudades íntegramente abandonadas en el s. III y, en otros casos, durante el s. V. Por ello, este modelo representa las transiciones truncadas que no pudieron adquirir una evolución constante y significativa.

Ciudad desclasada

La degradación del rango municipal derivó hacia un nuevo modelo urbano, en el cual la ciudad clásica fue objeto de una transformación espacial, alteración topográfica que

adopta patrones castrenses, de manera que la militarización aportará un nuevo hábitat alternativo al asentamiento de tradición altoimperial, conservando una cierta categoría urbana como *castellum* o *castrum*, esto es, una aglomeración secundaria que arraigo en los s. V y VII; si bien la decategorización supuso posteriormente la desaparición del asentamiento o su conversión en *villula*.

Ciudad fortificada

Las murallas son un elemento urbano que define *per se* a todo un modelo, otorgando una categoría física, funcional y simbólica al asentamiento, especialmente, entre el s. V y el s. VII, cuando la militarización del poder planteó un nuevo dibujo topográfico, en el cual la ciudad altoimperial evolucionaba hacia un modelo fortificado, por el cual las *civitates fortissimae* o *civitates atque castella* sirvieron de guarniciones a los ejércitos, de modo que asumieron una administración militar, especialmente, durante el conflicto contienda grecogótica; además, ciertos núcleos eran también sedes episcopales.

Ciudad administrativa de tradición clásica

Es un modelo urbano de continuidad de estructuras clásicas, de modo que los núcleos de índole institucional operan como residencias para la nobleza laica y los funcionarios militares, pero ello no impide que se detecten indicadores arqueológicos sobre hechos cambiantes y planificados.

Ciudad cristiana

El modelo de la ciudad religiosa responde a la cristianización, un proceso de actuación que impondrá una variación estructural y simbólica de la ciudad pagana en correlación con el ascenso político de la Iglesia católica y con los progresos de la evangelización socioeconómica. Por ello, fue posible la edificación de un establecimiento eclesiástico, estructura de fundación tardía que era instalada en un área extramuros o en un sector de la periferia intramuros, en ambos espacios, sus elementos nucleares se disponían como dinamizadores de una futura realidad urbanística, donde la principal iglesia local es quien articulará los nuevos lugares sagrados, constituidos en los suburbios y en el perímetro amurallado. Cabe anotar que ese modelo está compuesto de varios niveles, obedeciendo al grado de asimilación que cada asentamiento asume en relación con la cristianización, por lo que la escala del cambio urbano tiende a la diferencia estructural dentro de cualquier urbanismo regional, por lo tanto, la cristianización no fue similar en todas las ciudades, ya que es un hecho de larga duración, cuyo ritmo de metamorfosis destaca tanto por impulsos puntuales como por amplias pausas, *tempus* que confiere una específica evolución física; es decir, el estado descompositivo y secularizador del paisaje pagano difiere de una ciudad a otra, de ahí que esta desestructuración puede derivar hacia nuevas configuraciones urbanas, entre ellas, la *civitas christiana*. Si bien la cristianización estará determinada por la transformación mental de la élite dirigente, los recursos financieros, la realidad demográfica, la administración, el impacto local de las disputas eclesiásticas y militares, la existencia de sepulturas martiriales y espacios sacros, el peso de las festividades religiosas y por otras circunstancias particulares de cada núcleo.

Ciudad episcopal

Parece obvio que la *civitas Dei* no siempre podía responder a la concepción episcopal que pretendía el ideal de ciudad cristiana, ya que el rango de obispado estaba limitado a muy pocos núcleos, dando a entender un poder fáctico y unos efectos urbanísticos

durante el Alto Medievo, periodo en el cual la ciudad episcopal fue equipada con un complejo eclesiástico, una estructura de poder construida en correlación con el culto martirial, la liturgia estacional y la topografía palatina de creación visigoda. Por lo tanto, un conjunto episcopal es sinónimo de ciudad y su sola presencia supone una realidad urbana de primer nivel, pero no es el centro gravitatorio de la *civitas*, si no la ciudad en sí misma, porque trata de aglutinar los espacios políticos, religiosos y económicos de la topografía del poder.

Núcleos de menor rango eclesiástico

En general, el modelo de ciudad está definido por núcleos pequeños y modestos que carecían del máximo nivel eclesiástico, no obstante, son *civitates* cristianas que tenían un establecimiento cultural de menor entidad, con una liturgia que era casi semejante a la de los grupos episcopales, y, con una función caritativa y asistencial que resulto ser esencial para sostener esta nueva dimensión urbana, la cual tendría ciertas variantes topográficas y administrativas, fundamentalmente, las aglomeraciones secundarias y las implantaciones eclesiásticas en el medio rural.

Ciudad monacal

Se trata de una variante contracultural y de una nueva concepción de *civitas*, donde un *monasterium* es en sí una ciudad implantada cerca o sobre un asentamiento urbano o rural, esquema que se desarrolla durante el Alto Medievo.

A grandes rasgos, estos son los paradigmas tardoantiguos que han permitido exponer la cuestión de la transformación urbana bajo la pluralidad de un enfoque cognoscitivo, por el que se detectan diversas transiciones del modelo altoimperial, cuyo resultado no es otro que un urbanismo de contrastes, o sea, nuevos formatos acabaron surgiendo con el cambio, sobre todo, cuando el estamento dirigente lo consideró como el motor generador y conductor de una nueva estrategia urbanística, con la cual el proceso de la descomposición sería reconducido para establecer una tendencia constructiva bajo la tutela ideológica de algún discurso, ya fuese religioso o militar, con la clara intención de controlar y reactivar las mutaciones urbanas. Aunque la conversión del urbanismo clásico fue tardía y diversa, puesto que la cristianización y la militarización carecían de falta de consenso en torno a la idea de *civitas*, pese a ello, tales procesos lograron la suficiente capacidad para poder instrumentalizar la reestructuración de la topografía en función de unos intereses políticos, religiosos y financieros; por esta razón, en los s. VI y VII, se plasmaron varias concepciones de índole estatal o eclesiástico, pero también otras nociones que simplificaban lo urbano hasta sus últimas consecuencias.

En efecto, el urbanismo tardoantiguo es fruto de distintas respuestas de adaptación al cambio, por ello, cada paradigma tiene una definición específica en correlación con la imagen física y la gestión del asentamiento, de esta manera, sí que es posible percibir la compleja resultante del fenómeno urbano, siempre que existiesen suficientes datos sobre las ciudades en estudio, porque la información permite identificar la evolución tipológica de un núcleo después de romper con la anterior situación urbanística, pero la documentación literaria y material sólo definen un aspecto físico o funcional que, en la mayoría de los casos, ha dado una descripción relativa, careciendo evidentemente de una visión de conjunto, laguna que se solventaría con la vinculación a un modelo, el

cual contiene las pautas y los atributos globales de un específico arquetipo. Por otra parte, cuando las evidencias arqueológicas son copiosas y variadas, se puede obtener un perfil completo para ciertas ciudades, en este sentido, sería factible la adscripción a varios modelos, como resultado de la flexibilidad teórico-metodológica, si bien son los elementos preponderantes quienes caracterizan el tipo de ciudad; en cualquier caso, los paradigmas pretenden aportar una concreta identidad urbana.

De hecho, no hay aún una comprensión sobre la totalidad del urbanismo tardoantiguo ni siquiera en un plano regional, porque la investigación continúa todavía analizando la definición arqueológica de algunos modelos ligados a la ciudad en transición, proyecto reciente que ha logrado un satisfactorio grado de reconstrucción en muy poco tiempo, aunque sólo se conoce la imagen resultante de ciertos modelos (23), así como varios aspectos del proceso de cambio, entre los que se hallan las pautas que generaron la ciudad tardoantigua en sus diferentes versiones; por el momento, sólo se barajan las siguientes estrategias conductuales:

Superposición

Un axioma tradicional afirma que la ciudad cristiana se estableció sobre el espacio de la ciudad pagana, sin embargo, no se evidencia como un comportamiento dominante en términos arqueológicos, porque los foros siguieron operativos en muchas ciudades administrativas durante la romanidad tardía, ante lo cual la Iglesia fue consciente de la falta de áreas céntricas, libres y amplias para alojar la topografía eclesiástica, carencia de espacio que determinará la construcción de edificios en las áreas extramuros y en los límites internos del recinto urbano, incluso durante el periodo visigodo, porque aún persistían las estructuras primarias de la ciudad clásica.

Adhesión

Una aglomeración espontánea (espacio agregado) o un hábitat de carácter planificado (espacio sistema) que se generará a partir del suburbio y en correlación con la ciudad clásica; de ese modo, se suele concebir la génesis de la ciudad cristiana. No obstante, tal estrategia se observa también con la visigotización, porque su impacto urbano fue superficial, conservando operativas ciertos sectores administrativos y residenciales de tradición romana, apropiación espacial que no tuvo nada de gotizante, al menos hasta fines del s. VI, cuando acontece la conversión del rey Recaredo, de ahí que el dominio visigodo pudiese materializar, gracias a la *Catholicitas*, una *pars gothorum* distinta a la *pars romanorum*; aunque esta construcción sólo se suscitará en las principales urbes hispanas, donde se establece una arquitectura compleja y monumental, ampliamente mediatizada por la cristianización.

Bipolar/Policéntrica

En ciertos casos, la descentralización de la ciudad clásica deriva hacia la instauración de nuevos lugares de arraigo, lo cual determinará una visión urbana de índole bipolar o multifocal, caracterizada por la existencia de varios centros neurálgicos de ubicación suburbana e intramuros, así que esta estrategia comprende diversos puntos fuertes o focos de atracción en relación con la religión, la economía y la administración. Quizás, la reordenación espacial mejor conocida sea la establecida por la iglesia catedralicia, por las basílicas extramuros y por la monumentalización funeraria, monacal y martirial

de los barrios suburbanos. Este sería, pues, el modelo ideal, si bien se documenta una variante heterodoxa, por la cual la religión dominante estaría instalada en los lugares privilegiados, mientras que el judaísmo, el arrianismo y otros cultos lo harían en áreas marginales, lo cual contravenía la imagen homogénea que la Iglesia había establecido para la ciudad cristiana.

Difusión/Transferencia

Un núcleo disperso o en disgregación tras difundir y transferir las funciones intramuros y suburbanas al territorio circundante, instaurando así la supremacía del campo sobre la *civitas*, al menos en los aspectos esenciales, por ello, la nobleza rural descarta el sostenimiento cívico, lo cual acabará provocando la inactividad del entramado clásico y su posterior ruina en beneficio de la ruralización; esa estrategia atañe concretamente a la ciudad ruralizada y a su variante semiurbana.

Desorden

Un asentamiento de transición caótica que trata de conservar de manera incoherente sus anacrónicos tejidos clásicos y que, a su vez, es objeto de implantación de nuevas estructuras carentes de una lógica organizativa, imagen anárquica que se nutre de un impacto nulo o trivial de algunos procesos vinculados con el cambio, lo cual no termina por definir la idiosincrasia urbanística, así que, por defecto, se identifica con la ciudad abandonada y con los tipos económicos.

Fragmentación/segregación

La ciudad fragmentada es producto de la actuación progresiva de la descomposición en gran parte de los sectores urbanos, pero la sintomatología de la desestructuración sólo será verdaderamente alarmante hasta épocas tardías, cuando el debilitamiento, la desmembración y la desvertebración se manifiesten después de siglos de abandono y defunción de los tejidos estructurales. En este sentido, esta estrategia conductual está ligada a las ciudades ruralizadas y a las ciudades administrativas de tradición clásica, aunque también a otros tipos de asentamiento, especialmente, los configurados en la *Spania* bizantina, donde la transformación de la ciudad clásica quedó supeditada a los exigentes criterios militares, provocando la desfiguración total de la planta para fijar un reducido núcleo defensivo con unas particulares funciones económicas y burocráticas; a esto se le conoce como *castrum* o *castellum*. No obstante, las ciudades de máximo estatus civil y religioso destacaron por una segregación relativa, porque la edificación *extra moenia* de fortines y barrios comerciales no llegó a plantear grandes alteraciones intramuros en el plano estructural, si bien las instalaciones imperiales terminaron por condicionar a la *civitas* tras apropiarse de sus principales operaciones, suscitando así la sumisión funcional e incluso el abandono de ciertas partes de la ciudad.

Traslación

El traslado del antiguo asentamiento a otro punto geográfico obedece a varias causas, entre las cuales se encuentran las especulaciones militares, la política episcopal y las catástrofes naturales, causalidad que puede plantear el desplazamiento poblacional y la reutilización de los materiales edilicios de la ciudad clásica, con el fin de conformar un tipo urbano que fuera diferente a la par que sostenible.

Las estrategias definen la transición de la ciudad clásica como un proceso disruptivo que determinará la redimensión del modelo altoimperial entre el Bajo Imperio y el Alto

Medieval, si bien no todas las ciudades asumieron el cambio y, menos aún, asimilaron su impacto, puesto que, entre los s. II y V, esta experiencia fue un hecho de naturaleza apolítica, isostásica y traumática en casi todos los urbanismos regionales (24), de ahí que haya sido objeto de una definición involutiva y pseudomorfa, cuando, en realidad, los efectos de dicha dinámica tan sólo pueden ser visualizados de manera coherente en términos de *longue durée*; o, lo que es igual, la ciudad tardoantigua es la resultante física de una lógica evolutiva a largo plazo, donde los estados de crisis, recuperación y auge se fueron sucediendo de forma cíclica y compatible en un mismo asentamiento, operando a su vez como modalidades de transformación (25), cuya incidencia sólo es detectable arqueológicamente en los s. VI y VII, periodo en el que se perfila la imagen final de la ciudad en transición tras siglos de modificación, los cuales generaron varias formas urbanas a partir de la ciudad clásica, según las condiciones locales existentes en cada asentamiento. No obstante, el cambio urbano tuvo también sus fracasos (26), fenómeno que no se ha de ignorar, porque hay muchas ciudades que documentan su fallecimiento durante el proceso, sin ninguna posibilidad para retrotraerse a un estado de continuidad física y funcional; en este caso, el hecho de perdurar transformándose tenía sus riesgos, por ello, un número significativo de núcleos desapareció entre los s. VI y IX.

Indudablemente, el cambio fue un proceso complejo que resultó indigesto, incluso para las ciudades que lo habían aceptado conscientemente como una forma de pervivencia en algún punto de su evolución, ya que era la única vía de transición hacia los futuros esquemas urbanos, porque la ciudad clásica ya no representaba la ideología de clase que se había concebido tras la desintegración política del Imperio romano, si bien este modelo persistió hasta finales de la fase omeya, al menos en la Bética (27), donde los nuevos hábitats surgieron después de reutilizar los materiales edilicios, algunas áreas estructurales y parte de su superficie para la construcción pública y privada (28). Pero, por otra parte, no fueron alterados ciertos sectores que, en muchos casos, abarcaban algo más de la mitad o tres cuartos de los tejidos clásicos, hecho que era frecuente, ya que el cambio sólo se centró en un sector espacial a la hora de proyectar el tipo ideal de ciudad, mientras que la secularización, el caballo de Troya de la cristianización, fue eliminando la mayor parte de las contradicciones paganas, de ahí, la continuidad de la trama altoimperial, lo cual ha permitido crear el concepto de ciudad tardoclásica como una realidad histórico-arqueológica, aunque se desconoce su grado de operatividad y su correspondencia funcional con el espacio nuclear que aglutinaba el experimento de la transición.

Probablemente, esta modalidad de continuidad sea el mejor conocido y el que mayor número de casos presenta dentro de los urbanismos mediterráneos, no obstante, cabe advertir de otras situaciones: en primer lugar, cuando se diagnostica que el desmonte, el deterioro y los arrasamientos fueron intensos, es muy posible que la ciudad clásica hubiese sucumbido como realidad ideológica y material hacia finales del s. VI (29), en este sentido, se habla de perduración residual, o sea, acueductos, puentes, termas y otras estructuras siguieron ocupando el paisaje (30), porque su función era vital para la nueva idea de ciudad; en segundo lugar, hubo ciertos asentamientos que destacaron por un estado de suspensión del marco urbano, permaneciendo aferrados a la imagen

de prestigio que había conferido la topografía clásica, contradicción existencial que se revelará como un problema anacrónico entre los s. V y VIII; y, cuando la continuidad era de tipo ocupacional, porque, para ello, existían razones económicas, las cuales no procuraron la conservación física y funcional de la ciudad clásica, por este motivo, los foros se suelen documentar como zonas de actividad industrial.

Así pues, estas maneras de perdurar confirman que no hubo ningún colapso absoluto del urbanismo clásico durante el s. III, ni siquiera cuando fracasase la *restauratio civitatis* a raíz de los múltiples problemas estatales, porque, en los s. IV y V, no se encontraron las condiciones necesarias para llevar a cabo la renovación de la ciudad altoimperial, aunque esta aspiración política fue un hecho plenamente inviable, ya que no se puede pretender una restauración integral, lo cual hubiera supuesto un proyecto de alto coste y de larga duración (31), para el cual no estaba capacitado el evergetismo pagano. Por otra parte, es imposible, puesto que surgen nuevos factores y cambian otros antiguos para sostener un discurso diferente, donde un modelo despolitizado deja de vincularse a la idea de la regeneración en beneficio de otros paradigmas. En consecuencia, estas alternativas habían generado un cambio de perspectiva tras la disgregación del Estado romano, a partir del cual las ciudades fueron desistiendo de su pasado urbano, pero, por varios motivos, lo clásico no será objeto de un quebranto total ni de un abandono inmediato, de ahí que coexistan de forma sincrónica la ciudad tardoclásica y la ciudad en transición en un mismo asentamiento, en el cual la primera realidad actuó como un complemento secundario y provisional, sobre todo, a partir del s. VI.

A mediados de la misma centuria, en el Imperio Bizantino, la *renovatio imperii* refunda la ciudad clásica como una unidad autónoma que integraba el establecimiento urbano del cristianismo, si bien esa peculiar recuperación fracasó por diversas circunstancias, entre ellas, la falta de consolidación de la empresa justiniana, la cual había limitado la bizantinización a una concepción militar, de ahí que no fuera necesario un paradigma institucional de asentamiento (32), así que no se apostó por una visión urbanística que englobase la estética del clasicismo y la edilicia cristiana. Semejante consideración se posee sobre la visigotización, la cual carecía de una cultura propiamente urbana, por esta razón, opto por la *romanitas*, si bien escasearon las fundaciones *ex novo* y, quizá, Recópolis fuera una excepción, dado que el clasicismo visigodo tendió a formularse de manera muy puntual en los complejos palatinos de las principales ciudades.

Al margen de esto, el modelo altoimperial se caracterizó, en líneas generales, por una permanencia estructural que, en muchos casos, aún será significativa durante la etapa islámica, así lo ratifican las fuentes árabes para la Bética andalusí (33), al menos hasta la implantación de los paradigmas islámicos; en todo caso, entre los s. V y X, la *civitas* aún tenía una cierta identidad clásica, pero el continuismo no fue un hecho general en las Hispanias ni en otras regiones mediterráneas.

En definitiva, el presente artículo parte de la tesis de los paradigmas (34) y del análisis procesual desde la perspectiva arqueológica, metodología que es muy adecuada para comprender el cambio, concepto sin el cual no se podría concebir ni percibir de forma

neutral y plural las evoluciones del modelo altoimperial durante la Antigüedad Tardía, durante el cual el hecho urbano deriva hacia otra visión material, aunque cabe reiterar que lo realmente capital no es tanto la imagen resultante, sino las distintas transiciones urbanas, ya que sus circunstancias fueron concretas, imprevisibles, cíclicas y variables dentro de un flujo que contaba con recurrentes altibajos dinámicos y estáticos, según los factores continuistas y rupturistas que albergase cada asentamiento: comprender esto, supone conocer cómo el cambio impactó de forma específica en las ciudades, en consecuencia, el proceso define el paradigma, teniendo en cuenta la heterogeneidad de la ciudad tardoantigua. De este modo, se han conseguido las primeras respuestas tras décadas estériles, cuando el método era la tergiversación arqueológica al servicio de unos postulados intransigentes, por esa razón, una de las tareas de la investigación continua siendo la revisión de los estudios materiales que aportaron las excavaciones tradicionales, con la intención de analizar minuciosamente los datos arqueológicos; la idea es, pues, sacar a la luz nueva información que permita indagar en la causalidad evolutiva para perfeccionar la tipología urbana, sólo así, se pueden percibir los matices del cambio dentro de la ciudad tardoantigua.

NOTAS

- (1) Février, Paul Albert: "Permanence et héritages de l'Antiquité dans la topographie des villes de l'Occident durant le haut moyen âge", *Settimane di Studio* 21, I, 1974, Págs. 41-138.
- (2) García Moreno, Luis Agustín: "La cristianización de la topografía de las ciudades de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía", *Archivo Español de Arqueología* 50-51, 1977-78, Págs. 311-321; Arce, Javier: *El último siglo de la España romana: 204-409*, Madrid, 1982; Barral i Altet, Xavier: "Transformacions de la topografia urbana a la Hispania cristiana durant l'antiguitat tardana", *II Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispànica*, Barcelona, 1982, Págs. 105-132.
- (3) Salvador Ventura, Francisco: *Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad*, Granada, 1990; Gutiérrez Lloret, Sonia: "De la *civitas* a la *medina*: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de *Al-Andalus*. El debate arqueológico", *IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, 1, Alicante, 1993, Págs. 13-35; Gurt Esparraguera, Josep María *et alii*: "Topografía de la Antigüedad tardía hispánica: Reflexiones para una propuesta de trabajo", *Antiquité Tardive* 2, 1994, Págs. 161-180; Fuentes, Ángel: "La ciudad en la antigüedad tardía a la luz de los textos arqueológicos", *Actas del I Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía (Alcalá de Henares, 1996)*, Alcalá de Henares, 1999, Págs. 25-50.
- (4) Liebeschuetz, John: *The Decline and Fall of the Roman City*, Oxford, 2001, Pág. 236.
- (5) Giralt, Josep y Francesc Tuset: "Modelos de transformación del mundo urbano en el nordeste peninsular. Siglos V-XI", *IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, 1, Alicante, 1993, Pág. 39.
- (6) Wickham, Christopher: "La città altomedievale: una nota sul dibattito in corso", *Archeologia Medievale* XV, 1988, Págs. 649-651.
- (7) Cf. Lavan, Luke: "The late antique city: a bibliographic essay", *Supplement Journal of Roman Archaeology* 42, 2001, Págs. 9-26.
- (8) Gauthier, Nancy et Claude Picard: *Topographie chrétienne des cités de la Gaule, des origines au milieu du VIIIe siècle*, Paris, 1986-92.
- (9) Dark, Kenneth: *Civitas to Kingdom. British Political Continuity 300-800*, New York, 1994.
- (10) Bechert, Tilmann und Willem Willems: *Die römische Reichsgrenze von der Mosel bis zur Nerdseekübstre*, Stuttgart, 1995; Fischer, Thomas: *Noricum*, Maun, 2001; Poulter, Andrew: *The Transition to Late Antiquity, on the Danube and Beyond*, Oxford, 2007.
- (11) Citter, Carlo e Emanuele Vaccaro: "Le constanti dell'urbanesimo altomedievale in Toscana (secolo IV-VIII)", *Atti del III Convegno nazionale (Salerno, 2003)*, Firenze, 2003, Págs. 309-313; Tabata, Kayoko: *La città dell'Italia nel secolo VI*, Pisa, 2009.
- (12) Roskams, Stephen: "Urban Transitions in North Africa: Roman and medieval towns of the Maghreb", *Towns in Transition: studies of the Late Antique and medieval urban landscape*, Leicester, 1996, Págs. 159-83; Villaverde, Noé: *Tingitana en la Antigüedad Tardía (siglos III-VII)*, Madrid, 2001; Sears, Gareth: *Late Roman African Urbanism: Continuity and Transformation in the City*, BAR International Series 1693, Oxford, 2007.
- (13) Van Minnen, Peter: "The Changing World of the Cities of Later Roman Egypt", *Die Stadt in der Spätantike- Niedergang oder Wandel?* Stuttgart, 2006, Págs. 153-179.
- (14) Foss, Clive: "Syria in Transition (550-750 A.D.): An Archaeological Approach", *Dumbarton Oaks Papers* 51, 1997, Págs. 189-269; Carta, Antonietta: "La conquista del pasado: Siria, las ciudades muertas del Norte", *Historia* 16, 262, 1998, Págs. 98-109.
- (15) Kennedy, Hugh: "Change and Continuity in Syria and Palestine at the time of the Moslem Conquest", *Aram Periodical Majallat Aram* 1, 1989, Págs. 258-267; Graf, David: "Town and Countryside in Roman Arabia during Late Antiquity", *Urban Centers and Rural Contexts in Late Antiquity*, Michigan, 2001, Págs. 219-240.

- (16) Thür, Hilke: "Das spätantike Ephesos. Aspekte zur Frage der Christianisierung des Stadtbildes", *Die spätantike Stadt und Ihre Christianisierung*, Wiesbaden, 2003, Págs. 259-273; Arena, Gaetano: *Città di Panfilia e Psidia sotto il domino romano. Continuità strutturali e cambiamenti funzionali*, Catania, 2005; Tietz, Werner: "Die lykische Städte in der Spätantike", *Die Stadt in der Spätantike- Niedergang oder Wandel?*, Stuttgart, 2006, Págs. 257-281.
- (17) Ruggieri, Vincenzo: *Il Golfo di Keramnos: dal tardoantico al medioevo bizantino*, Soveria Mannelli, 2003; Outerhout, Robert: *Byzantine Settlement in Cappadocia*, Washington, 2006.
- (18) Spieser, Jean: "La ville en Grèce du IIIe au VIIe siècle", *Colloque Villes peuplement dan l'Illyricum protobyzantin* (Rome, 1982), Rome, 1984, Págs. 315-340.
- (19) Ilieva, Sonia: *Thracology*, Sofía, 2001.
- (20) García Moreno, Luis Agustín: "La ciudad en la Antigüedad Tardía (siglos V al VII)", *Actas del I Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía (Alcalá de Henares, 1996)*, Alcalá de Henares, 1999, Págs. 7-24; López Quiroga, Jorge y Mónica Rodríguez Lovelle: "Ciudades atlánticas en transición: La ciudad tardoantigua y altomedieval en el noroeste de la Península Ibérica (s. V-XI)", *Archeologia Medievale* 16, 1999, Págs. 257-268; Mateos, Pedro: "Los orígenes de la cristianización urbana en Hispania", *VI Reunió d'Arqueologia cristiana hispánica, Les ciutats tardoantigues d'Hispania: cristianització i topografia* (Valencia, 2003), Barcelona, 2005, Págs. 49-62; Espinosa, Urbano: "Civitates et Territoria en el Ebro Medio: continuidad y cambio durante la antigüedad tardía", *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía*, 2006, Págs. 41-100; Gurt Esparraguera, Josep María e Isabel Sánchez Ramos: "Las ciudades hispanas durante la antigüedad tardía: una lectura arqueológica", *Zona Arqueológica* 9, 2008, Págs. 183-202.
- (21) Helal Ouriachen, El Housin: *La ciudad bética tardoantigua. Persistencias y mutaciones locales en relación con la realidad urbana de las regiones del Mediterráneo y del Atlántico*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2009, Granada.
- (22) Helal Ouriachen, El Housin: "La ciudad bética tardoantigua. Persistencias y mutaciones locales en relación con la realidad urbana de las regiones del Mediterráneo y del Atlántico", *@rqueología y Territorio* 6, 2009, Págs. 199-209.
- (23) Barnish, Simon: "The transformation of classical cities and the Pirenne debate", *Journal of Roman Archaeology* 2, 1989, Págs. 385-400.
- (24) Fuentes, Ángel: "Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V d.C.", *Congreso Internacional: La Hispania de Teodosio* (Segovia, 1995), 2, Salamanca, 1991, Págs. 477-496.
- (25) Lavan, Luke: *Op. Cit.*, 2001, Pág. 14; Liebeschuetz, John: "Transformation and Decline: Are the Two Really Incompatible?" *Die Stadt in der Spätantike- Niedergang oder Wandel?* Stuttgart, 2006, Págs. 463-483.
- (26) Ward Perkins, Bryan: "Urban Continuity?" *Towns in transition. Urban Evolution in Late Antiquity and Early Middle Ages*, Aldershot, 1996, Págs. 4-17.
- (27) Gozalbes, Enrique: "De la civitas hispano-romana a la madina andalusí", *II Congreso Internacional La ciudad en el Al-Andalus y en el Magreb* (Algeciras, 1999), Algeciras, 2002, Págs. 641-655.
- (28) Cf. Helal Ouriachen, El Housin: *Op. Cit.*, 2009.
- (29) Gurt Esparraguera, Josep María: "Transformaciones en el tejido de las ciudades hispanas durante la Antigüedad Tardía: dinámicas urbanas", *Zephyrus* LII-LIV, 2000-01, Págs. 443-471.
- (30) Cf. Gurt Esparraguera, Josep María y Josep María Palet: "Pervivencias y cambios estructurales durante la Antigüedad Tardía en el Nordeste de la Península Ibérica", *Visigoti e Longobardi*, Atti del Seminario (Roma, 1997), Firenze, 2001, Págs. 9-36.
- (31) Cf. Spieser, Jean: "The City in Late Antiquity: A Re-Evaluation", *Urban and Religious Spaces in Late Antiquity and Early Byzantium*, Vermont, 2001, Págs. 1-14.

- (32) Zanini, Enrico: *Le Italie byzantine. Territorio, insediamenti ed economia nella provincia bizantina d'Italia*, Bari, 1998.
- (33) Cf. Mazzoli Guintard, Christine: "L'apport des textes arabes a la géographie urbaine des premiers temps de l'Islam andalusí", *Miscelánea di Estudie Arabes y Hebraicos* 47, 1998, Págs. 33-250.
- (34) Kuhn, Thomas: *Estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1990.